

III

RECENSIONES

BRACHER, Karl Dietrich, *ZEIT DER IDEOLOGIEN. EINE GESCHICHTE POLITISCHEN DENKENS IN 20. JAHRHUNDERT.* (La Epoca de las Ideologías. Una Historia del Pensamiento Político en el siglo 20), Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1982, 414 págs.

El autor se ha distinguido en cuanto politólogo e historiador por su prolífera obra en los últimos treinta años en Alemania Federal, obra centrada en problemas en torno al derrumbe de la República de Weimar y al régimen nazi. También por sus aportes a la teoría política contemporánea. En su tiempo los trabajos de Bracher llamaron la atención por la combinación que efectuó entre métodos propios a la ciencia política con los de la historiografía dedicada a la historia política. Todo ello sin ninguna pretensión de novedad excluyente.

Ahora Bracher ha llenado un hueco importante, extrañamente existente. Nos acercábamos al fin del siglo, y ni la ciencia política ni la historia contemporánea se habían preocupado de entregar un manual o historia general sistemático sobre el desarrollo del pensamiento político en el siglo, de manera completa (hasta donde se puede), y que integrara la mayor cantidad de preguntas que es posible formular. Me parece que este vacío ha sido llenado en gran medida por la presente obra de Bracher.

Desde luego, se trata de una obra de tesis: Bracher expone sin apasionamiento, pero con convicción firme, lo que a su juicio es el drama central del pensamiento político del siglo, esto es, la continuación, con un lenguaje, estilo y cuestiones propios del siglo, de la vieja dialéctica entre libertad y tiranía, entre autodeterminación y despotismo. Su obra parece girar casi exclusivamente en torno a la significación que para el pensamiento de la presente centuria ha tenido el triángulo entre la dictadura, el totalitarismo y la democracia. Y también es una elaboración de criterios para leer este pensamiento de modo de resaltar su virtualidad democrática y no la totalitaria. Es en su indirecta, pero expresiva intención pedagógica, en donde radica el carácter de "te-

sis" del trabajo. "El arco de alternativas al despotismo se extiende desde el ideal ciudadano de la democracia de la polis griega hasta la 'pursuit of happiness' de la democracia norteamericana y el 'limited government' del moderno estado de derecho con separación de poderes, con su sociedad abierta. Todavía no se ha decidido el combate entre los principios universales de la libertad y la servidumbre (Tocqueville), ni más ni menos. Cada vez su resultado depende de la disposición a resistir las seducciones ideológicas del totalitarismo, y de la capacidad de equilibrar la falibilidad del hombre y de su mundo por medio de un esfuerzo siempre renovado en favor de un orden de compromiso pacífico. Y allí no hay que reconocer un mal necesario, sino que un valor superior antes que en las promesas de un paraíso sobre la tierra, con el cual desde siempre se ha justificado una violencia antihumana y se ha destruido a las sociedades libres" (p. 396). En estas palabras, con la que Bracher cierra su libro, se puede leer a la vez el juicio de valor que está en la base de su exploración, y el sentido final que cree adivinar en el pensamiento político de la presente centuria.

Este tipo de aproximación no es en sí novedoso, salvo que un politólogo en la actualidad europea lo vuelva a tomar sin temor a chocar con una cierta sanción del mundo académico de Alemania Federal. Sin embargo, creo ver que el aporte de mayor peso en Bracher, está en aquella parte de su método que dice relación con la selección de las fuentes para aproximarse a su objeto. En este sentido hay varios pasos que explicar.

El pensamiento político del siglo 20 ha vivido bajo el signo de la confrontación ideológica. No meras ideas políticas, sino que la constitución de las grandes ideologías en el siglo 19 impregna el mundo hasta el presente. La respuesta del pensamiento político ha sido la difusión —y relativa confusión— de éste por una multitud de saberes. Ya la antigua filosofía política —a pesar de algunos notables intentos restauradores como los de Voegelin— no basta para cobijar una fuente nutricia de la meditación política. Las ideologías, aunque en sí mismas no son fuentes de ideologías, sí lo son ya sea como incentivo, o como colocación de hipó-

tesis. Y la respuesta del pensamiento político ha provenído de las bocas más variadas. Las ciencias sociales, la relación entre literatura y política, el discurso ideológico entrecruzado del lenguaje meditativo en algunas ocasiones, el arte, la ciencia política, el derecho, la historia, los restos de la filosofía política, la teoría militar (y la polemología) . . . , todos estos saberes constituyen también un aporte. El pensamiento político del siglo 20 debe ser rastreado hasta en las vetas aparentemente más insondables, si es que queremos tener un cuadro mínimamente cabal de sus características.

Es aquí donde está el gran acierto de Bracher. Su obra cruza por todo tipo de manifestaciones. Los autores que trata no se refieren exclusivamente a lo que sería un catálogo de pensadores políticos evidentes; ello sólo abarcaría una parte del cuadro. Por el contrario, se hace indispensable acceder a aquellas esferas que poseen connotación para el pensamiento político. Así tanto el racismo como el "movimiento juvenil" (Jugendbewegung) de antes de 1914, Bergson como Pareto y Sorel, el arte expresionista y su ambición política, la seducción por el totalitarismo del intelectual contemporáneo, especialmente manifestado en la época de entreguerras; el existencialismo de fines de los cuarenta y comienzo de los cincuenta, como la rebelión juvenil en los sesenta y los movimientos alternativos en los setenta y comienzos de los ochenta. En suma, se debe integrar a un amplio espectro cultural para la consideración del pensamiento político.

La quiebra de la ideología del progreso y el advenimiento del irracionalismo significaron la parición de la seducción por las "religiones políticas". "Ha llegado a ser el siglo de la seducción totalitaria, pues era y ha permanecido (este siglo) como la era de las ideologías" (p. 18). Pero más que ello. Pienso que la aproximación de Bracher responde a las necesidades del conocimiento de nuestra época por un motivo adicional, pero estrechamente vinculado a la "época de las ideologías". En un mundo en donde las antiguas ortodoxias, los grandes "sistemas" han perdido valor cognoscitivo, el hombre debe acercarse a la realidad tal cual ésta se le muestra, de manera sesgada, atomizada, a retazos, caótica, en

pequeñas cristalizaciones, tesoros abandonados por ahí y por allá, que en su microcosmos dejan adivinar un *ordo* coherente, intuitible, pero no claro y distinto para el hombre; sospechamos la existencia de un sentido total de la historia y de nuestras personas, pero no nos está permitido descifrarlo de manera cabal y convincente. El arte moderno nos ha señalado una ruta en este aspecto. Y como compensación, las ideologías han constituido intentos—inferiores, por cierto, a los antiguos “sistemas”— de mantener, aunque sea como táctica de la vida, una cierta coherencia en nuestra mirada a la realidad social e histórica.

El problema consiste en que entonces la mirada debe abarcar demasiado. Una revista al pensamiento político puede volverse, en un manual como éste, en una enumeración de nombres, títulos de obras y de una especie de título de los índices respectivos. Bracher no llega a ese extremo, pero es indudable que su trabajo en gran parte no puede pasar de ser una reseña sobre el pensamiento político del siglo. Si hay que incluir junto a Max Weber, a Karl Mannheim y a Hannah Arendt, a autores y políticos como Salvador Allende, Franz Fanon, Knut Hamsun, Corradini, Friedrich Meinecke, Walther Rathenau y Kurt Tucholsky, entre otros muchos, no queda mucho tiempo para una profundización. En muchas partes, el libro deja el sabor del deseo de que la argumentación se hubiese internado en algún vericuetto. Pero esa expansión en la cultura total del siglo es necesaria por otra parte, sobre todo porque, como señala Bracher, la época de las ideologías ha arrojado una serie de problemas nuevos: la cuestión de la legitimidad, tan acuciosa ayer como hoy en nuestro tiempo; la política deviene en comunicación, y con ello el conflicto político adquiere rápidamente connotaciones universales; por último, la impotencia de la opinión pública ha llegado a ser más patente que nunca frente al poder (y al Poder). Fenómenos tan masivos, que han bombardeado al pensamiento político, sólo pueden ser rastreados en su respuesta a través de esos “retazos” de verdad y de perdición, la forma como se ha manifestado el pensamiento político.

Pero también el libro de Bracher es bastante más que una reseña. Lo eleva en primer lugar una articulación muy bien lograda.

La obra se divide en tres partes. En primer lugar, está el tratamiento de los cambios producidos hasta 1914, y que prefiguran los fenómenos posteriores. Después trata el período de entreguerras. Aquí sobresale su revaluación del concepto de "totalitarismo" y la manera como destaca la seducción que los estados totalitarios y las ideologías de salvación total ejercieron sobre los intelectuales. Por último, está el período que se inicia con la segunda postguerra. En muchos aspectos hay un excelente tratamiento de los que se podría denominar "espiritualidad política" contemporánea. También aquí es importante destacar tanto la crisis de la democracia, como el pensamiento impregnado de "crítica de la cultura", que se aloja en gran parte de la intelectualidad de la época. Por último, el llamado "Tercer Mundo" está integrado en dos momentos, en el tratamiento de los regímenes autoritarios en Europa hacia fines del período de entreguerras, y su relación con los que surgen en la postguerra; y en las ideologías del Tercer Mundo, especialmente en su carácter totalitario, y que como tales ejercen un atractivo considerable sobre las almas insatisfechas de la vieja Europa.

Dentro de este panorama hay puntos muy bien tratados por el autor. Como decíamos, el problema del totalitarismo, principalmente en la segunda parte, pero también destacadamente en el período de la segunda postguerra y al tratar de las ideologías del Tercer Mundo. En primer lugar, Bracher empieza por afirmar la inutilidad de un concepto general de "fascismo", salvo para el caso italiano evidentemente. Para él las diferencias entre estos tipos de regímenes denominados fascistas son tan grandes, que un concepto general nos haría creer en una engañosa unidad que en la realidad no se da (pp. 126-129). Indudablemente existe un componente común entre el fascismo de Mussolini y el nazismo alemán, pero más importante es el sistema "totalitario" de organización política, y la comparación que se impone es entre el nazismo y el comunismo, por encima de todas las diferencias (pp. 157-169). De este modo Bracher se coloca entre quienes consideran que el concepto de totalitarismo, muy usado en la década de 1950, y que sirvió de autoconciencia libertaria al Occidente de entonces, y después caído en desuso por su manipulación como por nuevas modas intelectuales, cree Bracher repito, que debe sin embargo, usar-

se para nominar un fenómeno político central de nuestro tiempo. La ideología totalitaria, como legitimación de un dominio basado en una fe total y excluyente, da a luz una serie de regímenes de características altamente similares, entre ellos la Alemania nazi y la URSS.

Personalmente me asaltan dudas de que el término "fascista" (postulado no sólo por las teorías marxistas, sino que por muchos otros, entre ellos el que más le ha dado respaldo académico, Ernst Nolte a partir de 1963), no pueda ser usado. Dentro de sus límites designa una realidad que tuvo una manifestación bastante discernible en los años de entreguerra. Pero, por otra parte, el rescate del término totalitarismo cumple con una función indispensable para el quehacer intelectual en el mundo occidental, aunque yo destacaría la necesidad de diferenciar el uso del concepto en cada realidad histórica a la que se le aplique.

Muy buena es la descripción del autor de los cambios de estado de ánimo intelectual en la postguerra (pero asombrosamente no los usa en las partes pertinentes la obra de Ernst Nolte, *Alemania y la Guerra Fría*, 1974, que en este sentido es importantísima). La descripción y análisis del carácter de las dictaduras autoritarias son equilibrados y esclarecedores. Por lo demás es una de las especialidades del autor. El inspiró la serie de Juan Linz, *Breakdown of Democratic Regimes*, que incluye un excelente trabajo dedicado a Chile de Arturo Valenzuela. Para la constitución de un régimen autoritario, Bracher pone el acento en la reacción de un tipo de mentalidad antes que de una ideología, y que puede adquirir diversas formas y funciones según el lugar y el tipo de crisis que lo originen (pp. 259-267).

Con todo, en esta parte hubiera deseado una mayor extensión y no meramente porque uno escriba estas líneas en un país del llamado "Tercer Mundo". Las alternativas ideológicas son importantes para toda la humanidad. Pero su debate más excitado se lleva a cabo en estos últimos treinta años en ese Tercer Mundo. No existe una referencia a la "teoría de la dependencia", que en buena parte de sus cultores se ha convertido en una doctrina —e ideología— política. Esta, como todas las ideologías del Tercer

Mundo, son respuestas universales a la universalización emocional e intelectual de nuestro mundo. Como tales son parte del diálogo de los hombres contemporáneos con la modernidad, la que surge de esa Europa que en muchos aspectos sigue teniendo un carácter paradigmático como modelo y como historia.

Es con las alternativas que allí nacieron en la primera mitad de este siglo, especialmente con la amenaza del totalitarismo, con la que quiere tratar —y lidiar— el presente libro. Quizás no integra todas las preguntas e hipótesis que merece una crítica radical del totalitarismo. Por éste es expuesto en su ambigüedad intelectual e ideológica dentro del horizonte del pensamiento político del siglo XX. “Precisamente en el pensamiento político, si no quiere ser in o suprahumano, la búsqueda del valor final conduce siempre a la variedad y diversidad del esfuerzo humano, al que le son propios soluciones finitas y no quiliásticas. Aquí le corresponde una significación decisiva al desarrollo a largo plazo del pensamiento democrático moderno, en un mundo que es dominado principalmente por modelos políticos dictatoriales, unilineales y carentes de alternativas” (p. 316). Efectivamente, esta nota de relativo optimismo de Bracher puede revertir al mismo autor. Uno se pregunta si a pesar de la evidente crisis de la democracia en la Europa de entreguerra, no es más notable la tenaz supervivencia (a veces llena de vitalidad) de la democracia, que la evidente solidez de los sistemas totalitarios del marxismo en el poder y las abundantes dictaduras (fuertes y a la vez frágiles), ya que todos estos dos últimos tipos, en muy diferente grado por cierto, se basan en el supuesto de la absorción o subordinación de la sociedad civil por el estado, o el Estado.

Para esto también encontramos respuesta en esta útil y necesaria obra, producto del verdadero compromiso *intelectual* del intelectual.

Joaquín Fernando Huerta.